

Necesidad de un Hombre Nuevo (*)

Udo Schaefer

Los dos grandes filósofos decimonónicos, Friedrich Nietzsche y Karl Marx, esperaban la llegada de un hombre nuevo. Nietzsche, que pidió el fin de la “moral esclava” cristiana y el retorno a la “inocencia de la existencia”, previó la llegada del “superhombre”. Marx proclamó el fin de la moral tan pronto como la sociedad fuera suficientemente moral como para que el hombre pudiera prescindir de la moral, del Estado y de la religión. El alejamiento del cristianismo anunciado por ambos pensadores, y puesto ahora en práctica por innumerables personas, “dio de hecho origen a la decadencia de la vieja moral sin crear un nuevo ‘ethos’ social: el nacimiento del hombre nuevo es ahora más cuestionable que nunca” ⁽¹⁾; y sin embargo cada día se hace más evidente que la supervivencia de la humanidad no es, en el fondo, un problema de tecnología sino de las concepciones de los valores y objetivos de los individuos y los pueblos ⁽²⁾ y del advenimiento de una conciencia humana nueva. Esto es algo que hoy se reconoce con cada vez mayor claridad. En su tiempo, Albert Einstein ya se pronunció al respecto: “Nuestro mundo está amenazado por una crisis de tales dimensiones que parece haber dejado atrás a aquellos cuyo poder incluye, para bien y para mal, las decisiones más importantes. La fuerza liberada del átomo lo ha cambiado todo salvo nuestro pensamiento. Por consiguiente, nos dirigimos hacia una catástrofe sin precedentes. Si la humanidad debe sobrevivir, necesitaremos un modo de pensar substancialmente nuevo” ⁽³⁾. Resumió nuestra era como un “tiempo de medios consumados y fines caóticos” ⁽⁴⁾.

El erudito americano Grover Foley tampoco ve el problema básico de nuestra crisis existencial en la tecnología, sino en el hombre mismo, que es tecnológicamente “un gigante, moralmente un enano” ⁽⁵⁾, que tiene “el conocimiento de la era atómica y la madurez emocional del Neandertal”. “Nos hemos convertido en dioses antes de aprender a ser hombres” ⁽⁶⁾. Foley pide un “cambio total en nuestros objetivos y valores, tan radical como una antigua conversión religiosa” ⁽⁷⁾, y pregunta: “¿Quién creará un hombre nuevo para nosotros?” ⁽⁸⁾. Su referencia a una “antigua conversión religiosa” indica que no espera que este cambio trascendental provenga de la ciencia. Declara con resignación: “La teoría de que la solución final radica únicamente en la creación de hombres nuevos no es exactamente alentadora; de hecho es más inquietante que todas las demás realidades. Comparada con la tarea de cambiar a los hijos de Adán, la desintegración del átomo parece un juego de niños” ⁽⁹⁾. Foley busca valores nuevos, una nueva ética y una nueva religión. Este reconocimiento está aumentado.

Carl Friedrich von Weizsäcker pide un “cambio global de conciencia que comprenda la persona en su conjunto”⁽¹⁰⁾, y, como ya se ha dicho, Erich Fromm ve la única posibilidad de supervivencia del hombre en un cambio de conciencia radical y motivado religiosamente, en un pensamiento nuevo, en un hombre nuevo⁽¹¹⁾.

El hombre nuevo, lo único en que podemos situar nuestras esperanzas si queremos escapar al impulso que, como un ratón, nos aproxima a la autodestrucción, al deseo paranoico de extinción y a la catástrofe pre-programada, es un hombre capaz de sobrevivir, adaptado a las nuevas condiciones. Con seguridad no sería la “personalidad emancipada”, el ser humano que está alienado de todas las normas y las convicciones religiosas, sin moral ni Weltanschauung. Lo que ya existe puede ser destruido con el arsenal de actitudes negativas a su disposición, tales como la desconfianza, la búsqueda del conflicto, la crítica negativa y la impaciencia por la acción⁽¹²⁾, pero no puede construirse nada nuevo con ello.

Tampoco la ciencia puede crearnos al hombre nuevo. Hay algunas teorías disparatadas sobre la posibilidad de engendrar un nuevo tipo de ser humano por medios biológicos, por ejemplo manipulando los genes o, como Heinrich Himmler vanamente imaginara en la organización de la SS, mediante la selección racial. Estas ideas proceden de una concepción materialista del hombre que lo reduce a su naturaleza biológica e instintos animales. La manipulación de los genes o la ilusión de la selección racial son incapaces de contribuir al asunto de que se trata, que es el de un modo de pensar substancialmente nuevo: “Mens agitat molem”⁽¹³⁾. “El espíritu da forma al cuerpo para habitarlo”⁽¹⁴⁾.

La ciencia no puede acusar un cambio de conciencia ni discernir nuevos modelos de valor, y mucho menos establecer modelos absolutos. Las religiones reveladas son las que siempre han triunfado en llevar a cabo un cambio en el hombre. Cada una de ellas ha causado un cambio así y ha producido un nuevo tipo de hombre, ha reorientado la vida de la comunidad hacia objetivos y valores nuevos, venciendo así lo que estaba socavando a la sociedad, a saber, el pensamiento antagónico sobre las cuestiones centrales de la vida, el pluralismo de opiniones no comprometidas y el carácter no obligatorio de todas las normas y objetivos.

NOTAS:

(*) El presente artículo ha sido extraído de la siguiente fuente bibliográfica: Schaefer, Udo. "El Dominio imperecedero". Editorial Bahá'í, Barcelona, España, 1988.

- (1) Erich Kellner, en Religionslose Gesellschaft, Prefacio, p. 11
- (2) Cualquiera que piense: "Primero está la comida, después la moral" (Bertolt Brecht, La ópera de tres reales) puede observar que en un futuro no demasiado lejano sin moral no habrá más "comida".
- (3) Citado de Josef Rattner, Psychologie des Vorurteils, p. 10, con una lista de fuentes de información.
- (4) Citado de J. Schwartländer, "Der Tod und die Würde des Menschen", p. 10.
- (5) "Una raza de enanos imaginativos, que pueden alquilarse para cualquier cosa" (Bertolt Brecht, Galileo, escena 14).
- (6) "Sind wir am Ende?", p. 741.
- (7) Op. Cit., p. 749
- (8) Op. Cit., p. 747.
- (9) Ibid
- (10) Wege in der Gefahr, p. 137 y sgs.
- (11) ¿Tener o ser?, pp. 162-3.
- (12) "Las extendidas diferencias que existen entre la humanidad y el predominio de la sedición, la controversia, el conflicto, etc., son los factores básicos que provocan la aparición del espíritu satánico. Sin embargo, el Espíritu Santo siempre ha rehuido estas cuestiones. Un mundo en el que no se percibe más que lucha, peleas y corrupción, está destinado a convertirse en la sede del trono, la misma metrópolis, de Satanás" (Bahá'u'lláh, Lawh-i-Maqsúd, Tablas, p. 206-7).
- (13) Virgilio, La Eneida, Libro VI, 727.
- (14) Friedrich y Schiller, Wallenstein, Acto 3, escena 13
